

# L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

*Unicuique suum*

*Non praevalerunt*

Año LII, número 1 (2.648)

Ciudad del Vaticano

3 de enero de 2020

*En la solemnidad de María Santísima Madre de Dios  
y la LIII Jornada mundial de la paz*

Toda  
violencia  
infligida a la  
mujer es una  
profanación  
de Dios



# LA SEMANA DEL PAPA



## Por la reconciliación en Sudán del Sur

**E**l papa Francisco, el primado de la Iglesia anglicana, Justin Welby y el ex moderador de la Iglesia Presbiteriana de Escocia, John Chalmers, enviaron día 25 de diciembre un mensaje a los líderes políticos de Sudán del Sur en el que animaron a implementar los Acuerdos de Paz firmados en 2018. «En este tiempo de Navidad y al comienzo del Año Nuevo queremos expresar, así como al pueblo de Sudán del Sur, nuestros mejores deseos de paz y prosperidad, y asegurar nuestra cercanía con vuestros esfuerzos para la rápida implementación de los Acuerdos de Paz», se lee en el mensaje conjunto. Los líderes religiosos también elevan sus oraciones «por un compromiso renovado en el camino de la reconciliación y la fraternidad» e invocan abundantes bendiciones para cada uno de los líderes políticos de Sudán del Sur y para toda la nación.

## A los niños del dispensario de Santa Marta

**F**rancisco recibió en audiencia el día 22 de diciembre a los niños atendidos por el Dispensario Pediátrico «Santa Marta» en el Vaticano, con sus familias y voluntarios y les dirigió un saludo en el que señaló que «dar alegría a los niños es algo muy grande». También habló de tres palabras: esperanza, amor y paz. Y subrayó que «la guerra mata la vida, mata a los viejos, a los jóvenes, a los niños, mata todo». Y apuntó: «para derrotar la guerra, hace falta amor».

## Con los empleados de la Santa Sede

**L**a calidad del trabajo «va de la mano de la calidad humana de las relaciones, del estilo de vida». Lo recordó el Papa Francisco al recibir en audiencia el día 21 de diciembre a los empleados de la Santa Sede, con ocasión de las felicitaciones navideñas. Y señaló que «también aquí, en el Vaticano y en las diversas oficinas romanas de la Santa Sede, necesitamos siempre dejarnos renovar por la sonrisa de Jesús». El Papa pidió que la bondad de Jesús «nos purifique de las eskorias que muchas veces se han incrustado en nuestros corazones, y nos impiden dar lo mejor de nosotros mismos». Y agregó: «Je-

sús es la sonrisa de Dios. Vino a revelarnos el amor de nuestro Padre, su bondad, y la primera manera en que lo hizo fue sonriendo a sus padres, como todo niño recién nacido en este mundo. Y ellos, la Virgen María y san José, por su gran fe, supieron captar ese mensaje, reconocieron en la sonrisa de Jesús la misericordia de Dios con ellos y con todos los que estaban esperando su venida, la venida del Mesías, del Hijo de Dios, del Rey de Israel». Francisco recordó que en el belén también «nosotros revivimos esta experiencia: mirar al Niño Jesús y sentir que allí Dios nos sonríe, y sonríe a todos los pobres de la tierra, a todos los que esperan la salvación, que esperan un mundo más fraterno, donde no haya más guerras ni violencias, donde cada hombre y cada mujer pueda vivir en su dignidad de hijo e hija de Dios».

## El Colegio de cardenales

**E**l cargo del decano del Colegio Cardenalicio dejará de ser vitalicio y pasará a renovarse cada cinco años. Lo ha establecido el Papa Francisco con la publicación el día 21 de un *motu proprio* sobre el cargo de Decano del Colegio Cardenalicio. Además, el Pontífice ese día aceptó la renuncia del cardenal Angelo Sodano como Decano del Colegio cardenalicio, de 92 años, obispo y nuncio apostólico desde 1978, Secretario de Estado del 1990 al 2005, y que fue el sucesor de Joseph Ratzinger como Decano del Colegio cardenalicio, designado como previsto en las normas, por sus hermanos purpurados de la Orden de los Obispos. «Ahora, habiendo aceptado la renuncia al cargo de Decano del Colegio Cardenalicio del Eminentísimo Cardenal Angelo Sodano, a quien agradezco vivamente el alto servicio que ha prestado al Colegio de los Purpurados durante los casi quince años de su mandato, y teniendo en cuenta también el hecho de que, con el aumento del número de cardenales, gravan cada vez más compromisos en la persona del Cardenal Decano, me ha parecido oportuno que de ahora en adelante el Cardenal Decano, que seguirá siendo elegido entre los miembros de la Orden de los Obispos en la forma establecida por el can. 352 § 2 del Código de Derecho Canónico, permanezca en su cargo por un lustro, renovable eventualmente, y al final de su servicio pueda asumir el

título de Decano emérito del Colegio Cardenalicio», escribe el Papa Francisco en su carta apostólica. Y recuerda que «a lo largo de los siglos, los Romanos Pontífices han adaptado a las necesidades de su tiempo la composición del Colegio de los Padres Cardenales, que está llamado peculiarmente a proveer a la elección del Supremo Pastor de la Iglesia y a asistirlo en el tratamiento de las cuestiones más importantes en el cuidado diario de la Iglesia universal».

## En defensa de la dignidad humana

**A**ntónio Guterres, Secretario General de Naciones Unidas, fue recibido en audiencia por el Papa Francisco el día 20 de diciembre. Con ocasión de este encuentro, ambos grabaron un videomensaje en el que unieron sus voces en la defensa de la dignidad humana, «tantas veces explotada y pisoteada». Juntos hicieron un llamamiento a trabajar por la paz, detener la carrera armamentística y el desarme nuclear; a la vez que destacaron la importancia de no usar la religión para incitar el odio. «No podemos, no debemos mirar para otro lado ante las injusticias, las desigualdades, el escándalo del hambre en el mundo, de la pobreza, de los niños que mueren porque no tienen agua, comida, los cuidados necesarios», señaló Francisco. Y agregó: «No podemos mirar para otro lado ante cualquier tipo de abuso contra los más pequeños. Debemos combatir todos juntos esta plaga. No podemos cerrar los ojos ante nuestros hermanos que, por causa de los conflictos y de la violencia, de la miseria o de los cambios climáticos, dejan sus países y, a menudo, van al encuentro de un triste destino. No podemos, ni debemos mirar a otro lado cuando en muchas partes del mundo los creyentes de distintas confesiones religiosas son perseguidos». También subrayó que «clama a Dios el uso de la religión para incitar al odio, a la violencia, a la opresión, al extremismo y al fanatismo ciego, así como usarla para obligar al exilio o la marginación». Y agregó: «Pero clama a Dios también la carrera armamentística y el rearme nuclear. Y es inhumano no sólo el uso sino también la posesión de armas nucleares, las cuales tienen una capacidad destructiva tal, que incluso el mero peligro de un accidente representa una oscura amenaza para la humanidad».

## L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA  
Unicaque anno Non precedunt

Ciudad del Vaticano  
redazione.spagnola.0r@spc.va  
www.osservatoreromano.va

ANDREA MONDA  
director

Giuseppe Fiorentino  
subdirector  
Silvina Pérez  
jefe de la edición

Redacción  
via del Pellegrino, 00120 Ciudad del Vaticano  
teléfono 39 06 698 99410

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE  
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico  
photo@ossrom.va

Publicidad: Il Sole 24 Ore S.p.A.  
System Comunicazione Pubblicitaria  
Via Monte Rosa 91, 20149 Milano  
segreteria@redazioneossrom.va

Tarifa de suscripción: Italia - Vaticano: € 58,00; Europa (España + IVA): € 100,00 - \$ 148,00; América Latina, África, Asia: € 110,00 - \$ 160,00; América del Norte, Oceanía: € 162,00 - \$ 240,00. Administración: 00120 Ciudad del Vaticano, teléfono + 39 06 698 99 480, fax + 39 06 698 85 164, e-mail: suscripciones.0r@spc.va.

En México: Arquidiócesis primada de México. Dirección de Comunicación Social. San Juan de Dios, 224-C. Col. Villa Lázaro Cárdenas. CP 14730. Del. Tlalpan. México, D.F.; teléfono + 52 55 2652 99 55, fax + 52 55 3518 75 39; e-mail: suscripciones@semanarioromano.mx.

En Perú: Editorial salesiana, Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú; teléfono + 51 42 357 82; fax + 51 431 67 82; e-mail: editorial@salesianos.edu.pe.



«¿Tú, en tu familia, sabes cómo comunicarte o eres como esos chicos de la mesa, cada uno con un teléfono móvil, mientras están chateando?»: es la pregunta que propuso el Papa Francisco el domingo, 29 de diciembre durante el rezo del Ángelus con los fieles presentes en la palza de San Pedro en la fiesta de la santa Familia de Nazaret. Después del interrogante, el Pontífice invitó a «reanudar el diálogo en familia», porque —explicó Francisco— «padres, madres, hijos, abuelos y hermanos deben comunicarse entre sí».

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

**Y**, realmente, hoy es un día hermoso... Hoy celebramos la fiesta de la Sagrada Familia de Nazaret. El término «sagrada» coloca a esta familia en el ámbito de la santidad, que es un don de Dios pero, al mismo tiempo, es una adhesión libre y responsable al plan de Dios. Éste fue el caso de la familia de Nazaret: estaba totalmente a disposición de la voluntad de Dios. ¿Cómo no asombrarse, por ejemplo, de la docilidad de María a la acción del Espíritu Santo que le pide que se convierta en la madre del Mesías? Porque María, como toda joven de su tiempo, estaba a punto de realizar su proyecto de vida, es decir, casarse con José.

La página del Evangelio de hoy (cf. *Mateo* 2, 13-15, 19-23) nos recuerda tres veces esta obediencia del justo José, refiriéndose a su huida a Egipto y a su retorno a la tierra de Israel. Bajo la guía de Dios, representada por el Ángel, José aleja a su familia de la amenaza de Herodes y los salva. De esta manera, la Sagrada Familia se solidariza con todas las familias del mundo que se ven obligadas a exiliarse, se solidariza con todos aquellos que se ven obligados a abandonar su tierra a causa de la represión, la violencia, la guerra.

Finalmente, la tercera persona de la Sagrada Familia: Jesús. Él es la voluntad del Padre: sobre Él, dice san Pablo, no hubo «sí» y «no», sino sólo «sí» (cf. *2 Corintios* 1, 19). Y esto se manifestó en muchos momentos de su vida terrenal. Por ejemplo, el episodio en el templo en el que, a los padres angustiados que lo buscaban, les respondió: «¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre? (*Lucas* 2, 49); o su constante repetición: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado» (*Juan* 4, 34); su oración en el Huerto de los Olivos: «Padre mío, si esta copa no puede pasar sin que yo la beba, hágase tu voluntad» (*Mateo* 26, 42). Todos estos acontecimientos son la perfecta realización de las mismas palabras de Cristo que dice: «Sacrificio y oblación

nos deben comunicarse entre sí... Es una tarea que hay que hacer hoy, precisamente en el Día de la Sagrada Familia. Que la Sagrada Familia sea un modelo para nuestras familias, para que padres e hijos se apoyen mutuamente en la fidelidad al Evangelio, fundamento de la santidad de la familia. Confíemos a María «Reina de la Familia» todas las familias del mundo, especialmente las que sufren o están en peligro, e invoquemos sobre ellas su protección materna.

*Al finalizar la oración mariana, el Papa recordó a las víctimas del atentado terrorista de la capital de Somalia el día anterior y después saludó a los diferentes grupos de fieles.*

Queridos hermanos y hermanas:

Recemos al Señor por las víctimas del horrendo atentado terrorista de ayer en Mogadiscio (Somalia), en el que murieron más de 70 personas en la explosión de un coche bomba. Estoy cerca de todos los familiares y de aquellos que lloran su pérdida. Recemos juntos: Ave María...

Ahora saludo a todos los romanos, a los peregrinos, a los grupos parroquiales, a las asociaciones y a los jóvenes. Hoy dirijo un saludo especial a las familias aquí presentes y a quienes están presentes desde sus hogares a través de la televisión y la radio. La familia es un tesoro precioso: hay que apoyarla siempre, protegerla: ¡adelante! Ahora quiero saludar a los estudiantes de Forlì, a los chicos confirmados de Adrara San Martino, de Calcinatone y al grupo de adolescentes de la Parroquia de San Giuliano, en Albino, Bérgamo.

Os saludo a todos y os deseo un buen domingo y un sereno fin de año. Terminemos el año en paz, en paz de corazón: esto es lo que os deseo. Y en la familia, comunicándose los unos con los otros.

Os agradezco de nuevo vuestros buenos deseos y oraciones. Por favor, seguid rezando por mí. ¡Qué tengáis un buen almuerzo y hasta pronto!

En el Ángelus en la fiesta de la santa Familia

# Francisco reza por las víctimas del atentado de Mogadiscio

E invita a apagar los teléfonos en la mesa para favorecer el diálogo

Pero cuando se dio cuenta de que Dios la llamaba a una misión particular, no dudó en proclamarse su «esclava» (cf. *Lucas* 1, 38). Jesús exaltará su grandeza no tanto por su papel de madre, sino por su obediencia a Dios. Jesús dijo: «Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan» (*Lucas* 11, 28), como María. Y cuando no comprende plenamente los acontecimientos que la involucran, María medita en silencio, reflexiona y adora la iniciativa divina. Su presencia al pie de la Cruz consagra esta disponibilidad total.

Luego, en lo que respecta a José, el Evangelio no nos refiere ni una sola palabra: no habla, sino que actúa por obediencia. Es el hombre del silencio, el hombre de la obediencia.

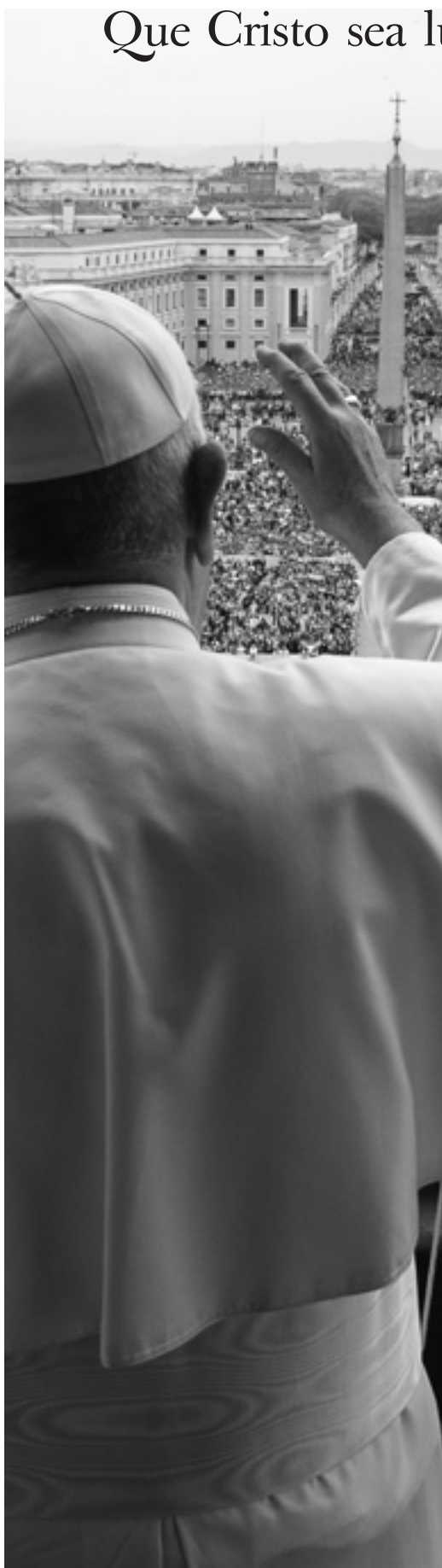
no quisiste [...]. Entonces dije: «¡He aquí que vengo [...] a hacer, oh Dios, tu voluntad!»» (*Hebreos* 10, 5-7; *Salmos* 40, 7-9).

María, José, Jesús: la Sagrada Familia de Nazaret que representa una respuesta coral a la voluntad del Padre: los tres miembros de esta familia se ayudan mutuamente a descubrir el plan de Dios. Rezaban, trabajaban, se comunicaban. Y yo me pregunto: ¿tú, en tu familia, sabes cómo comunicarte o eres como esos chicos de la mesa, cada uno con un teléfono móvil, mientras están chateando? En esa mesa parece que hay un silencio como si estuvieran en misa... Pero no se comunican entre ellos. Debemos reanudar el diálogo en la familia: padres, madres, hijos, abuelos y herma-



En el mensaje Urbi et Orbi los niños que sufren la guerra y los conflictos

# Que Cristo sea luz para la humanidad herida



*A mediodía del miércoles 25 de diciembre, el Papa Francisco se asomó a la Loggia de las Bendiciones de la basílica Vaticana —después de que el cardenal arcipreste Angelo Comastri presidiera la misa en el altar de la Cátedra— para dirigir el mensaje navideño a los cincuenta mil peregrinos presentes en la plaza de San Pedro y a quienes lo escuchaban a través de la radio, la televisión y los nuevos medios. El Papa tenía a su lado al cardenal protodícono Renato Raffaele Martino y al cardenal limosnero Konrad Krajewski. Entre los presentes, se encontraban el cardenal secretario de Estado, Pietro Parolin, el cardenal Angelo De Donatis, vicario general para la diócesis de Roma, los arzobispos Edgar Peña Parra, sustituto de la secretaría de Estado y Paul Richard Gallagher, secretario para las Relaciones con los Estados, y monseñor Luigi Roberto Cona, asesor para los asuntos generales. También estuvo presente el arzobispo Georg Gänswein, prefecto de la Casa Pontificia y el regente, monseñor Leonardo Sapienza. Antes de asomarse a la Loggia, el Papa visitó el pesebre de estilo napolitano instalado en la Capilla Sixtina. En la anteiglesia de la basílica estuvieron desplegados los departamentos de honor de la Guardia suiza pontificia y del Ejército italiano. La banda musical pontificia y la de los Carabinieri interpretaron los himnos italiano y pontificio.*

*«El pueblo que caminaba en tinieblas  
vio una luz grande» (Is 9, 1)*

Queridos hermanos y hermanas: ¡Feliz Navidad!

**E**n el seno de la madre Iglesia, esta noche ha nacido nuevamente el Hijo de Dios hecho hombre. Su nombre es Jesús, que significa Dios salva. El Padre, Amor eterno e infinito, lo envió al mundo no para condenarlo, sino para salvarlo (cf. Jn 3, 17). El Padre lo dio, con inmensa misericordia. Lo entregó para todos. Lo dio para siempre. Y Él nació, como pequeña llama encendida en la oscuridad y en el frío de la noche. Aquel Niño, nacido de la Virgen María, es la Palabra de Dios hecha carne. La Palabra que orientó el corazón y los pasos de Abrahán hacia la tierra prometida, y sigue atrayendo a quienes confían en las promesas de Dios. La Palabra que guió a los hebreos en el camino de la esclavitud a la libertad, y continúa llamando a los esclavos de todos los tiempos, también hoy, a salir de sus prisiones. Es Palabra, más luminosa que el sol, encarnada en un pequeño hijo del hombre, Jesús, luz del mundo. Por esto el profeta exclama: «El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande» (Is 9, 1). Sí, hay tinieblas en los corazones humanos, pero más grande es la luz de Cristo. Hay tinieblas en las relaciones personales, familiares, sociales, pero más grande es la luz de Cristo. Hay tinieblas en los conflictos económicos, geopolíticos y ecológicos, pero más grande es la luz de Cristo. Que Cristo sea luz para tantos niños que sufren la guerra y los conflictos en Oriente Medio y en diversos países del mundo. Que sea consuelo para el amado pueblo sirio, que todavía no ve el final de las hostilidades que han desgarrado el país en este decenio. Que renueve las conciencias de los hombres de buena voluntad. Que inspire hoy a los gobernantes y a la comunidad internacional para encontrar soluciones que garanticen la seguridad y la convivencia pacífica de los pueblos de la región y ponga fin a sus sufrimientos. Que sea apoyo para el pueblo libanés, de este modo pueda salir de la crisis actual y descubra nuevamente su vocación de ser un mensaje de libertad y de armoniosa coexistencia para todos. Que el Señor Jesús sea luz para la Tierra Santa donde Él nació, Salvador del mundo, y donde continúa la espera de tantos que, incluso en la fatiga, pero sin desesperarse, aguardan días de paz, de seguridad y de prosperidad. Que sea consolación para Irak, atravesado por tensiones sociales, y para Yemen, probado por una grave crisis humanitaria.

Que el pequeño Niño de Belén sea esperanza para todo el continente americano, donde diversas naciones están pasando un período de agitaciones sociales y políticas. Que reanime al querido pueblo venezolano, probado largamente por tensiones políticas

y sociales, y no le haga faltar el auxilio que necesita. Que bendiga los esfuerzos de cuantos se están prodigando para favorecer la justicia y la reconciliación, y se desvelan para superar las diversas crisis y las numerosas formas de pobreza que ofenden la dignidad de cada persona. Que el Redentor del mundo sea luz para la querida Ucrania, que aspira a soluciones concretas para alcanzar una paz duradera. Que el Señor recién nacido sea luz para los pueblos de África, donde perduran situaciones sociales y políticas que a menudo obligan a las personas a emigrar, privándolas de una casa y de una familia. Que haya paz para la población que vive en las regiones orientales de la República Democrática del Congo, martirizada por conflictos persistentes. Que sea consuelo para cuantos son perseguidos a causa de su fe, especialmente los misioneros y los fieles secuestrados, y para cuantos caen víctimas de ataques por parte de grupos extremistas, sobre todo en Burkina Faso, Malí, Níger y Nigeria. Que el Hijo de Dios, que bajó del cielo a la tierra, sea defensa y apoyo para cuantos, a causa de estas y otras injusticias, deben emigrar con la esperanza de una vida segura. La injusticia los obliga a atravesar desiertos y mares, transformados en cementerios. La injusticia los fuerza a sufrir abusos indecibles, esclavitudes de todo tipo y torturas en campos de detención inhumanos. La injusticia les niega lugares donde podrían tener la esperanza de una vida digna y les hace encontrar muros de indiferencia. Que el Emmanuel sea luz para toda la humanidad herida. Que ablande nuestro corazón, a menudo endurecido y egoísta, y nos haga instrumentos de su amor. Que, a través de nuestros pobres rostros, regale su sonrisa a los niños de todo el mundo, especialmente a los abandonados y a los que han sufrido a causa de la violencia. Que, a través de nuestros brazos débiles, vista a los pobres que no tienen con qué cubrirse, dé el pan a los hambrientos, cure a los enfermos. Que, por nuestra frágil compañía, esté cerca de las personas ancianas y solas, de los migrantes y de los marginados. Que, en este día de fiesta, conceda su ternura a todos, e ilumine las tinieblas de este mundo.

Queridos hermanos y hermanas: Renuevo mi felicitación de Navidad a todos vosotros, presentes en esta plaza, provenientes de varias partes del mundo; también a todos los que, desde diferentes países, nos siguen a través de la radio, la televisión y otros medios de comunicación. Os agradezco vuestra presencia en este día de alegría. Todos estamos llamados a dar esperanza al mundo, anunciando con palabras y sobre todo con el testimonio de nuestra vida que nació Jesús, nuestra paz.

Por favor, no os olvidéis de rezar por mí.

¡Os deseo un buen almuerzo de Navidad! Hasta pronto.





En la misa de la noche de Navidad el Papa explica que el don más grande en la tierra llega gratis

## Dios sigue amando incluso a los peores hombres

«Dios sigue amando a cada hombre, incluso al peor». Es esta la consoladora certeza que la Navidad nos trae a la tierra. Lo subrayó el Papa Francisco celebrando el martes 24 de diciembre la misa de la noche en la basílica Vaticana. A continuación, su homilía.

«El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande» (Is 9, 1).

Esta profecía de la primera lectura se realizó en el Evangelio. De hecho, mientras los pastores velaban de noche en sus campos, «la gloria del Señor los envolvió de claridad» (Lc 2, 9). En la noche de la tierra apareció una luz del cielo. ¿Qué significa esta luz surgida en la oscuridad? Nos lo sugiere el apóstol Pablo, que nos dijo: «Se ha manifestado la gracia de Dios». La gracia de Dios, «que trae la salvación para todos los hombres» (Tí 2, 11), ha envuelto al mundo esta noche.

Pero, ¿qué es esta gracia? Es el amor divino, el amor que transforma la vida, renueva la historia, libera del mal, infunde paz y alegría. En esta noche, el amor de Dios se ha mostrado a nosotros: es Jesús. En Jesús, el Altísimo se hizo pequeño para ser amado por nosotros. En Jesús, Dios se hizo Niño, para dejarse abrazar por nosotros. Pero, podemos todavía preguntarnos, ¿por qué san Pablo llama «gracia» a la venida de Dios al mundo? Para decirnos que es completamente gratuita. Mientras que aquí en la tierra todo parece responder a la lógica de dar para tener, Dios llega gratis. Su amor no es negociable: no hemos hecho nada para merecerlo y nunca podremos recompensarlo.

Se ha manifestado la gracia de Dios. En esta noche nos damos cuenta de que, aunque no estábamos a la altura, Él se hizo pequeñez para nosotros; mientras andábamos ocupados en nuestros asuntos, Él vino entre nosotros. La Navidad nos recuerda que Dios sigue amando a cada hombre, incluso al peor. A mí, a ti, a cada uno de nosotros, Él nos dice hoy: «Te amo y siempre te amaré, eres precioso a mis ojos». Dios no te ama porque piensas correctamente y te comportas bien; Él te ama y basta. Su amor es incondicional, no depende de ti. Puede que tengas ideas equivocadas, que hayas hecho de las tuyas; sin embargo, el Señor no deja de amarte. ¿Cuántas veces pensamos que Dios es bueno si nosotros somos buenos, y que nos castiga si somos malos? Pero no es así. Aun en nuestros pecados continúa amándonos. Su amor no cambia, no es quisquilloso; es fiel, es paciente. Este es el regalo que encontramos en Navidad: descubrimos con asombro que el Señor es toda la gratuidad posible, toda la ternura posible. Su gloria no nos deslumbra, su presencia no nos asusta. Nació pobre de todo, para conquistarnos con la riqueza de su amor.

Se ha manifestado la gracia de Dios. Gracia es sinónimo de belleza. En esta noche, redescubrimos en la belleza del amor de Dios, también nuestra belleza, porque somos los amados de Dios. En el bien y en el mal, en la salud y en la enfermedad, felices o tristes, a sus ojos nos vemos hermosos: no por lo que hacemos sino por lo que somos. Hay en nosotros una belleza indeleble, intangible; una belleza irreprimible que es el núcleo de nuestro ser. Dios nos lo recuerda hoy, tomando con amor nuestra humanidad y haciéndola suya, «desposándose con ella» para siempre.

De hecho, la «gran alegría» anunciada a los pastores esta noche es «para todo el pueblo». En aquellos pastores, que ciertamente no eran santos, también estamos nosotros, con nuestras flaquezas y debilidades. Así como los llamó a ellos, Dios también nos llama a nosotros, porque nos ama. Y, en las noches de la vida, a nosotros como a ellos nos dice: «No temáis» (Lc 2, 10). ¡Ánimo, no hay que perder la confianza, no hay que perder la esperanza, no hay que pensar que amar es tiempo perdido! En esta noche, el amor venció al miedo, apareció una nueva esperanza, la luz amable de Dios venció la oscuridad de la arrogancia humana. ¡Humanidad, Dios te ama, se hizo hombre por ti, ya no estás sola! Queridos hermanos y hermanas: ¿Qué hacer ante esta gracia? Una sola co-

sa: acoger el don. Antes de ir en busca de Dios, dejémoslo buscar por Él, porque Él nos busca primero. No partamos de nuestras capacidades, sino de su gracia, porque Él es Jesús, el Salvador. Pongamos nuestra mirada en el Niño y dejémoslo envolver por su ternura. Ya no tendremos más excusas para no dejarnos amar por Él: Lo que sale mal en la vida, lo que no funciona en la Iglesia, lo que no va bien en el mundo ya no será una justificación. Pasará a un segundo plano, porque frente al amor excesivo de Jesús, que es todo mansedumbre y cercanía, no hay excusas. La pregunta que surge en Navidad es: «¿Me dejo amar por Dios? ¿Me abandono a su amor que viene a salvarme?».

Un regalo así, tan grande, merece mucha gratitud. Acoger la gracia es saber agradecer. Pero nuestras vidas a menudo transcurren lejos de la gratitud. Hoy es el día adecuado para acercarse al sagrario, al belén, al pesebre, para agradecer. Acojamos el don que es Jesús, para luego transformarnos en don como Jesús. Convertirse en don es dar sentido a la vida y es la mejor manera de cambiar el mundo: cambiamos nosotros, cambia la Iglesia, cambia la historia cuando comenzamos a no querer cambiar a los otros, sino a nosotros mismos, haciendo de nuestra vida un don. Jesús nos lo manifiesta esta noche. No cambió la historia constriñendo a alguien o a fuerza de palabras, sino con el don de su vida. No esperó a que fuéramos buenos para amarnos, sino que se dio a nosotros gratuitamente. Tampoco nosotros podemos esperar que el prójimo cambie para hacerle el bien, que la Iglesia sea perfecta para amarla, que los demás nos tengan consideración para servirlos. Empecemos nosotros. Así es como se acoge el don de la gracia. Y la santidad no es sino custodiar esta gratuidad. Una hermosa leyenda cuenta que, cuando Jesús nació, los pastores corrían hacia la gruta llevando muchos regalos. Cada uno llevaba lo que tenía: unos, el fruto de su trabajo, otros, algo de valor. Pero mientras todos los pastores se esforzaban, con generosidad, en llevar lo mejor, había uno que no tenía nada. Era muy pobre, no tenía nada que ofrecer. Y mientras los demás competían en presentar sus regalos, él se mantenía apartado, con vergüenza. En un determinado momento, san José y la Virgen se vieron en dificultad para recibir todos los regalos, muchos, sobre todo María, que debía tener en brazos al Niño. Entonces, viendo a aquel pastor con las manos vacías, le pidió que se acercara. Y le puso a Jesús en sus manos. El pastor, tomándolo, se dio cuenta de que había recibido lo que no se merecía, que tenía entre sus brazos el regalo más grande de la historia. Se miró las manos, y esas manos que le parecían siempre vacías se habían convertido en la cuna de Dios. Se sintió amado y, superando la vergüenza, comenzó a mostrar a Jesús a los otros, porque no podía sólo quedarse para él el regalo de los regalos.

Querido hermano, querida hermana: Si tus manos te parecen vacías, si ves tu corazón pobre en amor, esta noche es para ti. Se ha manifestado la gracia de Dios para resplandecer en tu vida. Acógela y brillará en ti la luz de la Navidad.



# La humanidad es la clave distintiva de la reforma

Francisco recuerda que el cambio no es el fin en sí mismo sino que exige un camino de transformación interior y de conversión

«La humanidad es la clave distintiva para leer la reforma, porque «*homo*», interroga y provoca, es decir, llama a salir y no temer al cambio». Lo dijo el Papa Francisco en el discurso que pronunció durante la tradicional audiencia navideña a la Curia romana, la mañana del sábado 21 de diciembre, en la Sala Clementina.

«Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1, 14).

Queridos hermanos y hermanas:

Os doy la cordial bienvenida a todos vosotros. Agradezco al Cardenal Angelo Sodano las palabras que me ha dirigido, y sobre todo deseo expresarle mi gratitud, también en nombre de los miembros del Colegio Cardenalicio, por el valioso y oportuno servicio que ha realizado como Decano, durante tantos años, con disponibilidad, dedicación, eficiencia y gran capacidad organizativa y de coordinación. Con esa forma de actuar «*rassa nostrana*», como diría Nino Costa [escritor piemontés]. Muchas gracias, Eminencia. Ahora les corresponde a los Cardenales Obispos elegir un nuevo Decano. Espero que elijan a alguien que se ocupe a tiempo pleno de ese cargo tan importante. Gracias. A vosotros aquí presentes, a vuestros colaboradores, a todas las personas que prestan servicio en la Curia, como también a los Representantes Pontificios y a cuantos colaboran con ellos, os deseo una santa y alegre Navidad. Y a estos saludos añado mi agradecimiento por la dedicación cotidiana que ofrecéis al servicio de la Iglesia. Muchas gracias. También este año el Señor nos ofrece la ocasión de encontrarnos para este gesto de comunión, que refuerza nuestra fraternidad y está enraizado en la contemplación del amor de Dios que se revela en la Navidad. En efecto, «el nacimiento de Cristo —ha escrito un místico de nuestro tiempo— es el testimonio más fuerte y elocuente de cuánto Dios ha amado al hombre. Lo ha amado con un amor personal. Es por eso que lo ha tomado un cuerpo humano al que se ha unido y lo ha hecho así para siempre. El nacimiento de Cristo es en sí mismo una «alianza de amor» estipulada por siempre entre Dios y el hombre». Y san Clemente de Alejandría afirma: «Por esta razón, el Hijo en persona vino no a la tierra, se revistió de humanidad y sufrió voluntariamente la condición humana. Quiso someterse a las condiciones de debilidad de aquellos a quienes amaba, porque quería ponernos a nosotros a la altura de su propia grandeza». Considerando tanta bondad y tanto amor, el intercambio de saludos navideños es además una ocasión para acoger nuevamente su mandamiento: «Como yo os he amado, amaos también unos a otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros» (Jn 13, 34-35). Aquí, de hecho, Jesús no nos pide que lo amemos a Él como respuesta a su amor por nosotros; más bien nos pide que nos amemos unos a otros con su mismo amor. Nos pide, en otras palabras, que seamos semejantes a Él, porque Él se ha hecho semejante a nosotros. Que la Navidad, por tanto —como

exhortaba el santo Cardenal Newman—, «nos encuentre cada vez más parecidos a quien, en este tiempo, se ha hecho niño por amor a nosotros; que cada nueva Navidad nos encuentre más sencillos, más humildes, más santos, más caritativos, más resignados, más alegres, más llenos de Dios». Y añade: «Este es el tiempo de la inocencia, de la pureza, de la ternura, de la alegría, de la paz»<sup>1</sup>. El nombre de Newman también nos recuerda una afirmación suya muy conocida, casi un aforismo, que se encuentra en su obra *El desarrollo de la doctrina cristiana*, que histórica y espiritualmente se coloca en la encrucijada de su ingreso en la Iglesia Católica. Dice así: «Aquí sobre la tierra vivir es cambiar, y la perfección es el resultado de muchas transformaciones».

No se trata obviamente de buscar el cambio por el cambio, o de seguir las modas, sino de tener la convicción de que el desarrollo o el crecimiento son la característica de la vida terrena y humana, mientras, desde la perspectiva del creyente, en el centro de todo está la estabilidad de Dios<sup>2</sup>.

Para Newman el cambio era conversión, es decir, una transformación interior: la vida cristiana, en realidad, es un camino, una peregrinación. La historia bíblica es todo un camino, marcado por inicios y nuevos comienzos; como para Abraham, como para cuantos, dos mil años atrás, en Galilea, se pusieron en camino para seguir a Jesús: «Sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron» (Lc 5,11). Desde entonces, la historia del pueblo de Dios —la historia de la Iglesia— está marcada siempre por partidas, desplazamientos, cambios. El camino, obviamente, no es un puramente geográfico, si no sobre todo simbólico: es una invitación a descubrir el movimiento del corazón que, paradójicamente, necesita partir para poder permanecer, cambiar para poder ser fiel<sup>3</sup>. Todo esto tiene una particular importancia en nuestro tiempo, porque no estamos viviendo simplemente una época de cambios, sino un cambio de época. Por tanto, estamos en uno de esos momentos en que los cambios no son más lineales, sino de profunda transformación; constituyen elecciones que transforman velozmente el modo de vivir, de interactuar, de comunicarse y elaborar el pensamiento, de relacionarse entre las generaciones humanas, y de comprender y vivir la fe y la ciencia. A menudo sucede que se vive el cambio limitándose a usar un nuevo vestuario, y después en realidad se queda como era antes. Recuerdo la expresión

enigmática, que se lee en una famosa novela italiana: «Si queremos que todo siga como está, es preciso que todo cambie» (en *Il Gattopardo* de Giuseppe Tomasi di Lampedusa).

La actitud sana es, más bien, la de dejarse interrogar por los desafíos del tiempo presente y comprenderlos con las virtudes del discernimiento, de la parresia y de la *hypomnê*. El cambio, en este caso, asumiría otro aspecto: de elemento de contorno, de contexto o de pretexto, de paisaje externo... se volvería cada vez más humano, y también más cristiano. Sería siempre un cambio externo, pero realizado a partir del centro mismo del hombre, es decir, una conversión antropológica<sup>4</sup>.

Nosotros debemos iniciar procesos y no ocupar espacios: «Dios se manifiesta en una revelación histórica, en el tiempo. El tiempo da inicio a los procesos, el espacio los cristaliza. Dios se encuentra en el tiempo, en los procesos en curso. No es necesario privilegiar los espacios de poder respecto a los tiempos, incluso largos, de los procesos. Nosotros debemos iniciar procesos, más que ocupar espacios. Dios se manifiesta en el tiempo y está presente en los procesos de la historia. Esto hace privilegiar las acciones que generan dinámicas nuevas. Y reclama paciencia, espera»<sup>5</sup>. Por esto, urge que leamos los signos de los tiempos con los ojos de la fe, para que la dirección de este cambio «despierte nuevas y viejas preguntas con las cuales es justo y necesario confrontarse»<sup>6</sup>.

Afrontando hoy el tema del cambio que se funda principalmente en la fidelidad al depositum fidei y a la Tradi-

ción, deseo volver sobre la actuación de la reforma de la Curia romana, reiterando que dicha reforma no ha tenido nunca la presunción de hacer como si antes no hubiese existido; al contrario, se ha apuntado a valorizar todo lo bueno que se ha hecho en la compleja historia de la Curia. Es preciso valorizar la historia para construir un futuro que tenga bases sólidas, que tenga raíces y por ello pueda ser fecundo. Apelar a la memoria no quiere decir anclarse en la autoconservación, sino señalar la vida y la vitalidad de un recorrido en continuo desarrollo. La memoria no es estática, es dinámica. Por su naturaleza, implica movimiento. Y la tradición no es estática, es dinámica, como dijo ese gran hombre (G. Mahler tomando una metáfora de Jean Jaures): la tradición es la garantía del futuro y no la custodia de las cenizas.

Queridos hermanos y hermanas: En nuestros anteriores encuentros natalicios, os hablé de los criterios que han inspirado este trabajo de reforma. Alcanzamos también algunas actuaciones que ya se han realizado, sea definitivamente, sea *ad experimentum*<sup>7</sup>. En el año 2017, evidenció algunas novedades de la organización curial, como, por ejemplo, la Tercera Sección de la Secretaría de Estado, que lo está haciendo muy bien; o las relaciones entre la Curia romana y las Iglesias particulares, recordando también la antigua praxis de las Visitas ad limina Apostolorum; o la estructura de algunos Dicasterios, particularmente el de las Iglesias Orientales y otros para el diálogo ecuménico o para el interreligioso, en modo particular con el Judaísmo. En el encuentro de hoy, quisiera detenerme en algunos de los otros Dicasterios partiendo desde el núcleo de la reforma, es decir de la primera y más importante tarea de la Iglesia: la evangelización. San Pablo VI afirmó: «Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar»<sup>8</sup>. *Evangelii nuntiandi*, que sigue siendo el documento pastoral más importante después del Concilio y que es actual. En realidad, el objetivo actual de la reforma es que «las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 27). Y entonces, inspirándose precisamente en este magisterio de los Sucesores de Pedro desde el Concilio Vaticano II hasta hoy, se consideró proponer para la nueva Constitución Apostólica que se está preparando sobre la reforma de la Curia romana el título de *Prædicare evangelium*. Es decir, una actitud misionera.

Por eso, mi pensamiento se dirige hoy a algunos de los Dicasterios de la Curia romana que explícitamente se refieren a esta cuestión en su denominación: la Congregación para la Doctrina de la Fe, la Congregación para la Evangelización de los pueblos; pienso también en el Dicasterio para la Comunicación y el Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral.

Cuando estas dos primeras Congregaciones citadas fueron instituidas, estábamos en una época donde era más sencillo distinguir entre dos vertientes bastante bien definidas: un mundo cristiano por un lado y un mundo todavía por evangelizar por el otro. Ahora esta situación ya no existe. No se puede decir que las poblaciones que no han recibido el anuncio del Evangelio viven sólo en los continentes no occidentales, sino que se encuentran en todas partes, especialmente en las enormes conglomeraciones urbanas, que requieren una pastoral específica.

En las grandes ciudades necesitamos otros «mapas», otros paradigmas que nos ayuden a repositonar nuestros modos de pensar y nuestras actitudes. Hermanos y hermanas: No estamos más en la cristiandad. Hoy no somos los únicos que producen cultura, ni los primeros, ni los más escuchados<sup>9</sup>. Por tanto, necesitamos un cambio de mentalidad pastoral, que no quiere decir pasar a una pastoral relativista. No estamos ya en un régimen de cristianismo porque la fe —especialmente en Europa, pero incluso en gran parte de Occidente— ya no constituye un presupuesto obvio de la vida común; de hecho, frecuentemente es incluso negada, burlada, marginada y ridiculizada. Esto fue evidenciado por Benedicto XVI cuando, al convocar el Año de la Fe (2012), escribió: «Mientras que en el pasado era posible reconocer un tejido cultural unitario, ampliamente aceptado en su referencia al contenido de la fe y a los valores inspirados por ella, hoy no parece que sea ya así en vastos sectores de la sociedad, a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas»<sup>10</sup>.

Y por eso fue instituido en el año 2010 el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, para «promover una renovada evangelización en los países donde ya resonó el primer anuncio de la fe y están presentes Iglesias de antigua fundación, pero que están viviendo una progresiva secularización de la sociedad y una especie de «eclipse del sentido de Dios», que constituyen un desafío a encontrar medios adecuados para volver a proponer la perenne verdad del Evangelio de Cristo»<sup>11</sup>. A veces he hablado de esto con algunos de vosotros. Pienso en cinco países que han llenado el mundo de misioneros —«o dije los que son», y hoy no tienen recursos vocacionales pa-



ra seguir adelante. Este es el mundo actual. La percepción de que el cambio de época pone series interrogantes a la identidad de nuestra fe no ha llegado, por cierto, improvisamente. En tal cuadro se insertará también la expresión «nueva evangelización» adoptada por san Juan Pablo II, quien en la Encíclica *Redemptoris missio* escribió: «Hoy la Iglesia debe afrontar otros desafíos, proyectándose hacia nuevas fronteras, tanto en la primera misión ad gentes, como en la nueva evangelización de pueblos que han recibido ya el anuncio de Cristo» (n. 30). Es necesaria una nueva evangelización, o reevangelización (cf. n. 33). Todo esto comporta necesariamente cambios y puntos de atención distintos tanto en los mencionados Dicasterios, como en la Curia en general<sup>12</sup>. Quisiera reservar también algunas consideraciones al Dicasterio para la Comunicación, creado recientemente. Estamos en la perspectiva del cambio de época, en cuanto «amplias franjas de la humanidad están inmersas en el de manera ordinaria y continua. Ya no se trata solamente de «usar» instrumentos de comunicación, sino de vivir en una cultura ampliamente digitalizada, que afecta de modo muy profundo la noción de tiempo y de espacio, la percepción de uno mismo, de los demás y del mundo, el modo de comunicarse, de aprender, de informarse, de entrar en relación con los demás. Una manera de acercarse a la realidad que suele privilegiar la imagen respecto a la escucha y a la lectura incide en el modo de aprender y en el desarrollo del sentido crítico» (Exhort. ap. postm. *Christus vivit*, 86). Por lo tanto, al Dicasterio para la Comunicación se le ha

confiado el encargo de reunir en una nueva institución a los nueve organismos que, anteriormente, se ocuparon, de diversas maneras y con diferentes tareas, de la comunicación: el Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales, la Sala de Prensa de la Santa Sede, la Tipografía Vaticana, la Librería Editrice Vaticana, L'Osservatore Romano, la Radio Vaticana, el Centro Televisivo Vaticano, el Servicio de Internet Vaticano y el Servicio Fotográfico. Sin embargo, esta unificación, en línea con lo que se ha dicho, no proyectaba una simple agrupación «coordinativa», sino una armonización de los diferentes componentes para proponer una mejor oferta de servicios y también para tener una línea editorial coherente.

La nueva cultura, marcada por factores de convergencia y multimedialidad, necesita una respuesta adecuada por parte de la Sede Apostólica en el área de la comunicación. Hoy, con respecto a los servicios diversificados, prevalece la forma multimedia, y esto también indica la manera de concebirlas, pensarlos e implementarlos. Todo esto implica, junto con el cambio cultural, una conversión institucional y personal para pasar de un trabajo de departamentos cerrados —que en el mejor de los casos ofrecía una cierta coordinación— a un trabajo intrínsecamente conectado, en sinergia.

Queridos hermanos y hermanas: Mucho de lo dicho hasta ahora también es válido, en principio, para el Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral. También este se instituyó recientemente para responder a los cambios surgidos a nivel global, reu-

niendo cuatro Pontificios Consejos anteriores: Justicia y paz, Cor Unum, Pastoral para Migrantes y Operadores de la Salud. La coherencia de las tareas encomendadas a este Dicasterio se recuerda brevemente en el exordio del *Motu Proprio Humanam progressionem* que lo estableció: «En todo su ser y obrar, la Iglesia está llamada a promover el desarrollo integral del hombre a la luz del Evangelio. Este desarrollo se lleva a cabo mediante el cuidado de los incommensurables bienes de la justicia, la paz y la protección de la creación». Se lleva a cabo en el servicio a los más débiles y marginados, especialmente a los migrantes forzados, que en este momento representan un grito en el desierto de nuestra humanidad. Por lo tanto, la Iglesia está llamada a recordar a todos que no se trata sólo de cuestiones sociales o migratorias, sino de personas humanas, hermanos y hermanas que hoy son el símbolo de todos los descartados de la sociedad globalizada. Está llamada a testimoniar que para Dios nadie es «extranjero» o «excluido». Está llamada a despertar las conciencias adormecidas en la indiferencia ante la realidad del mar Mediterráneo, que se ha convertido para muchos, demasiados, en un cementerio.

Me gustaría recordar la importancia del carácter de integralidad del desarrollo. San Pablo VI afirmó que «el desarrollo no se reduce al simple crecimiento económico. Para ser auténtico, debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre» (Carta enc. *Populorum progressio*, 14). En otras palabras, arraigada en su tradición de fe y remitiéndose en las últimas décadas a las enseñanzas del Concilio Vaticano II, la Iglesia siempre ha afirmado la grandeza de la vocación de todos los seres humanos, que Dios creó a su imagen y semejanza para que formaran una única familia; y al mismo tiempo ha procurado abrazar lo humano en todas sus dimensiones. Es precisamente esta exigencia de integralidad la que vuelve a proponernos hoy la humanidad que nos reúne como hijos de un único Padre. «En todo su ser y obrar, la Iglesia está llamada a promover el desarrollo integral del hombre a la luz del Evangelio» (M.P. *Humanam progressionem*). El Evangelio lleva siempre a la Iglesia a la lógica de la encarnación, a Cristo que ha asumido nuestra historia, la historia de cada uno de nosotros. Esto es lo que nos recuerda la Navidad. Entonces, la humanidad es la clave dis-





# La humanidad es la clave distintiva de la reforma

VIENE DE LA PÁGINA 7

tintiva para leer la reforma. La humanidad llama, interroga y provoca, es decir, llama a salir y no temer al cambio. No olvidemos que el Niño recostado en el pesebre tiene el rostro de nuestros hermanos y hermanas más necesitados, de los pobres que «son los privilegiados de este misterio y, a menudo, aquellos que son más capaces de reconocer la presencia de Dios en medio de nosotros» (Carta ap. *Admirabile signum*, 1 diciembre 2019, 6).

Queridos hermanos y hermanas: Se trata, por lo tanto, de grandes desafíos y equilibrios necesarios, a menudo difíciles de lograr, por el simple hecho de que, en la tensión entre un pasado glorioso y un futuro creativo y en movimiento, se encuentra el presente en el que hay personas que irremediablemente necesitan tiempo para madurar; hay circunstancias históricas que se deben manejar en la cotidianidad, puesto que durante la reforma el mundo y los eventos no se detienen; hay cuestiones jurídicas e institucionales que se deben resolver gradualmente, sin fórmulas mágicas ni atajos.

Por último, está la dimensión del tiempo y el error humano, con los que no es posible, ni correcto, no lidiar porque forman parte de la historia de cada uno. No tenerlos en cuenta significa hacer las cosas prescindiendo de la historia de los hombres. Vinculada a este difícil proceso histórico, siempre está la tentación de replegarse en el pasado —incluso utilizando nuevas formulaciones—, porque es más tranquilizador, conocido y, seguramente, menos conflictivo. Sin embargo, también esto forma parte del proceso y el riesgo de iniciar cambios significativos<sup>19</sup>. Aquí es necesario alertar contra la tentación de asumir la actitud de la rigidez. La rigidez que proviene del miedo al cambio y termina diseminando con límites y obstáculos el terreno del bien común, convirtiéndolo en un campo minado de incomunicabilidad y odio. Recordemos siempre que detrás de toda rigidez hay un desequilibrio. La rigidez y el desequilibrio se alimentan entre sí, en un círculo vicioso. Y, en este momento, esta tentación de rigidez es muy actual.

Queridos hermanos y hermanas:

La Curia romana no es un cuerpo desconectado de la realidad —aun cuando el riesgo siempre esté presente—, sino que debe ser entendida y vivida en el hoy del camino recorrido por todos los hombres y las mujeres, en la lógica del cambio de época. La Curia romana no es un edificio o un armario lleno de trajes que ponerse para justificar un cambio. La Curia romana es un cuerpo vivo, y lo es tanto más cuanto más vive la integralidad del Evangelio. El Cardenal Martini, en la última entrevista concedida pocos días antes de su muerte, pronunció palabras que nos deben hacer pensar: «La Iglesia se ha quedado doscientos años atrás. ¿Por qué no se sacude? ¿Tenemos miedo? ¿Miedo en lugar de valentía? Sin embargo, el cimiento de la Iglesia es la fe. La fe, la confianza, la valentía. [...] Sólo el amor vence el cansancio»<sup>20</sup>.

La Navidad es la fiesta del amor de Dios por nosotros. El amor divino que inspira, dirige y corrige la transformación, y derrota el miedo humano de dejar «lo seguro» para lanzarse hacia el «misterio».

¡Feliz Navidad para todos!

Como preparación para la Navidad, hemos escuchado las predicaciones sobre la Santa Madre de Dios. Dirijamos a ella antes de la bendición.

[Ave María y bendición]

Ahora me gustaría daros un regalo, un recuerdo: dos libros. El primero es el «documento», digámoslo así, que deseaba realizar para el mes misionero extraordinario [octubre 2019], y lo hice como entrevista: Sin Él no podemos hacer nada. Me inspiró una frase, no sé de quién, que decía que cuando el misionero llega a un lugar ya está esperándolo el Espíritu Santo. Esta es la inspiración de este documento. Y el segundo es un retiro para sacerdotes realizado hace poco tiempo por D. Luigi Maria Epicoco; un retiro para sacerdotes: Alguien a quien mirar. Los doy de corazón para que sirvan a toda la comunidad.

Gracias.

## Notas

<sup>1</sup> Matta El Meskin, *L'umanità di Dio*, Qiqajon-Bose, Magnano 2015, 170-171.

<sup>2</sup> *Quis dives salvetur* 37, 1-6.

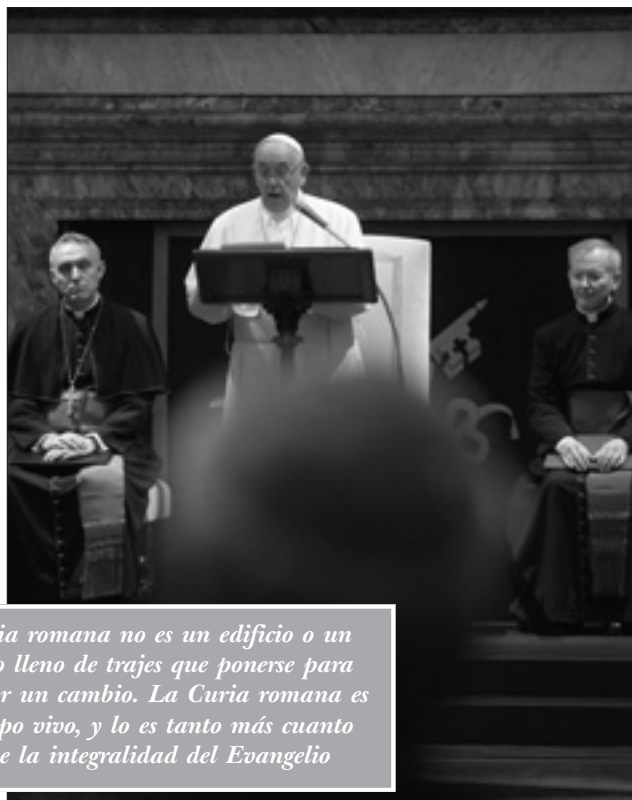
<sup>3</sup> Sermón «La encarnación, misterio de gracia», en *Parochial and Plain Sermons* V, 7.

<sup>4</sup> *Ibid.* V, 97-98.

<sup>5</sup> *Meditazioni e preghiera*, G. Velocci, Milán 2002, 75.

<sup>6</sup> En una oración suya, Newman afirmaba: «No hay nada estable fuera de ti, Dios mío. Tú eres el centro y la vida de todos los que, siendo mudables, confían en ti como en un Padre, y vuelven a ti los ojos, contentos de ponerse en tus manos. Sé, Dios mío, que debe operarse en mí un cambio, si quiero llegar a contemplar tu rostro» (*ibid.*, 112).

<sup>7</sup> Newman lo describe así: «En el momento de la conversión, yo mismo no me daba cuenta del cambio intelectual y moral que había tenido lugar en mi mente... tenía la impresión de entrar en el puerto después de una travesía agitada; por eso mi felicidad, desde entonces y hasta hoy, ha per-



“ La Curia romana no es un edificio o un armario lleno de trajes que ponerse para justificar un cambio. La Curia romana es un cuerpo vivo, y lo es tanto más cuanto más vive la integralidad del Evangelio ”

manecido inalterable» (Apología pro vita sua, A. Bosi, ed. Turín 1988, 360; cf. J. Honoré, *Gli aforismi di Newman*, LEV, Ciudad del Vaticano 2010, 167).

<sup>8</sup> Cf. J. M. Bergoglio, *Mensaje de cuaresma a los sacerdotes y consagrados*, 21 febrero 2007.

<sup>9</sup> Cf. Const. ap. *Veritatis gaudium* (27 diciembre 2017), 3: «Se trata, en definitiva, de cambiar el modelo de desarrollo global y redefinir el progreso: El problema es que no disponemos todavía de la cultura necesaria para enfrentar esta crisis y hace falta construir liderazgos que marquen caminos».

<sup>10</sup> Entrevista concedida al P. Antonio Spadaro: *La Civiltà Cattolica*, 19 septiembre 2013, p. 468.

<sup>11</sup> Carta al Pueblo de Dios que peregrina en Alemania, 29 junio 2019.

<sup>12</sup> Cf. *Discurso a la Curia*, 22 diciembre 2016.

<sup>13</sup> Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi* (8 diciembre 1975), 14. San Juan Pablo II escribió que «la evangelización misionera es que ésta constituye el primer servicio que la Iglesia puede prestar a cada hombre y a la humanidad entera en el mundo actual, el cual está conociendo grandes conquistas, pero parece haber perdido el sentido de las realidades últimas y de la misma existencia» (Carta enc. *Redemptoris missio*, 7 diciembre 1990, 2).

<sup>14</sup> Cf. *Discurso a los participantes en el Congreso Internacional de la Pastoral de las Grandes Ciudades*, Sala del Consistorio, 27 noviembre 2014.

<sup>15</sup> Carta ap. M.P. *Porta fidei*, 2.

<sup>16</sup> Benedicto XVI, *Homilía*, 28 junio 2010; cf. Carta ap. M.P. *Ubi cumque et semper*, 17 octubre 2010.

<sup>17</sup> El cambio de época fue también advertido en Francia por el Card. Suhard (piénsese en su carta pastoral *Essor ou déclin de l'Église*, 1947) y por el entonces Arzobispo de Milán, G.B. Montini. También él se preguntaba si Italia fuese todavía una nación católica (cf. *Prolusione alla VIII Settimana nazionale di aggiornamento pastorale*, 22 septiembre 1958, en *Discorsi e Scritti milanesi 1954-1963*, vol. II, Brescia-Roma 1997, 2328).

<sup>18</sup> San Pablo VI, hace aproximadamente cincuenta años, presentando a los fieles el nuevo Misal Romano, evocó la ecuación entre la ley de la oración (*lex orandi*) y la ley de la fe (*lex credendi*), y describió el Misal como «demostración de fidelidad y vitalidad». Concluyendo su reflexión afirmó: «No decimos por tanto «nueva Misa», sino más bien «nueva época» de la vida de la Iglesia» (*Audiencia general*, 19 noviembre 1969). Es cuanto, análogamente, se podría decir también en nuestro caso: no una nueva Curia romana, sino más bien una nueva época.

<sup>19</sup> *Evangelii gaudium* enuncia la regla de «privilegiar las acciones que generan dinámicas nuevas en la sociedad e involucran a otras personas y grupos que las desarrollarán, hasta que fructifiquen en importantes acontecimientos históricos. Nada de ansiedad, pero sí convicciones claras y tenacidad» (n. 223).

<sup>20</sup> Entrevista a Georg Sporschill, S.J., y a Federica Radice Fossati Confalonieri: «Corriere della Sera», 1 septiembre 2012.

En el Te Deum de agradecimiento por la clausura del año civil el Papa recuerda a los pequeños y a los pobres que habitan la ciudad

## Roma no es solo corrupción

«Roma no es solo corrupción y tensiones sociales sino que es una ciudad capaz de crear puentes»: es una invitación a los romanos para que tengan confianza en el futuro y en sus capacidades de redención la que dirigió el Papa Francisco durante la celebración de las primeras vísperas de la solemnidad de María Santísima Madre de Dios, del canto del *Te Deum* y de la adoración y de la bendición eucarística, presididas el martes por la tarde, 31 de diciembre, en la basílica vaticana. En el rezo de las primeras vísperas, después del Padre Nuestro, se expuso el Santísimo Sacramento en el ostensorio colocado en el altar de la Confesión. El Pontífice se detuvo durante algunos minutos en adoración y después del canto del «*Te Deum*» y del «*Tantum ergo*» impartió la bendición eucarística. En la liturgia participaron diecinueve cardenales, entre los que se encontraban el secretario de Estado, Pietro Parolin. Con ellos estaban el arzobispo Pawłowski, delegado para las Representaciones Pontificias y numerosos prelados de la Curia romana. Entre los presentes, también estaban el arzobispo Ganswein, prefecto de la Casa pontificia, monseñor Sapienza, regente de la Prefectura y presbíteros, religiosos y religiosas y laicos, además de los representantes de la administración civil de Roma, guiados por la alcaldesa Virginia Raggi. Prestaron servicio litúrgico como monaguillos los alumnos del colegio internacional Sedes Sapientiae y tres seminaristas de la diócesis de Bérgamo. La liturgia se concluyó después del canto de la antífona mariana «*Alma Redemptoris Mater*» y del «*Adeste fideles*» por parte de la Capilla Sixtina. A continuación, publicamos la homilía pronunciada por el Pontífice.



«Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su hijo» (Gálatas 4, 4).

El Hijo enviado por el Padre puso su tienda en Belén de Efratá, «la menor entre las familias de judá» (Miqueas 5, 1); vivió en Nazaret, una ciudad nunca mencionada en la Escritura, excepto para decir: «¿De Nazaret puede haber cosa buena?» (Juan 1, 46), y murió descartado de la gran ciudad, de Jerusalén, crucificado fuera de sus muros. La decisión de Dios es clara: para revelar su amor elige la pequeña ciudad y la ciudad despreciada, y cuando llega a Jerusalén se une al pueblo de los pecadores y de los descartados. Ninguno de los habitantes de la ciudad se da cuenta de que el Hijo de Dios hecho hombre camina por sus calles, probablemente ni siquiera sus discípulos, que comprenderán sólo por la resurrección plenamente el Misterio presente en Jesús.

Las palabras y los signos de salvación que Él lleva a cabo en la ciudad despiertan asombro y entusiasmo momentáneo, pero no son recibidos en su pleno significado: pronto ya no serán recordados, cuando el gobernador romano pregunte: «¿Queréis que quede libre Jesús o Barrabás?» Fuera de la ciudad Jesús será crucificado, en lo alto del Gólgota, para ser condenado por la mirada de todos los habitantes y burlado por sus comentarios sarcásticos. Pero desde allí, desde la cruz, el nuevo árbol de la vida, el poder de Dios atraerá a todos hacia Él. Y también la Madre de Dios, que bajo la cruz es Nuestra Señora de los Dolores, está a punto de extender su maternidad a todos los hombres. La Madre de Dios es la Madre de la Iglesia y su ternura materna llega a todos los hombres.

En la ciudad Dios ha puesto su tienda... ¡y de allí no ha salido nunca! Su presencia en la ciudad, incluso en esta nuestra ciudad de Roma, «no debe ser fabricada, sino descubierta, revelada»

(Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, 71). Somos nosotros los que debemos pedir a Dios la gracia de unos ojos nuevos, capaces de «una mirada contemplativa, esto es, una mirada de fe que descubra al Dios que habita en sus hogares, en sus calles, en sus plazas» (ibid., 71). Los profetas, en la Escritura, advierten contra la tentación de ligar la presencia de Dios sólo al templo (Jeremías 7, 4): Él habita en medio de su pueblo, camina con ellos y vive su vida. Su fidelidad es concreta, está cerca de la existencia cotidiana de sus hijos. De hecho, cuando Dios quiere hacer nuevas todas las cosas por medio de su Hijo, no empieza desde el templo, sino desde el vientre de una pequeña y pobre mujer de su Pueblo. Esta elección de Dios es extraordinaria. No cambia la historia a través de los hombres poderosos de las instituciones civiles y religiosas, sino de las mujeres de la periferia del imperio, como María, y de sus vientres estériles, como el de Isabel.

En el Salmo 147, que hemos rezado hace poco, el salmista invita a Jerusalén a glorificar a Dios, porque Él «envía a la tierra su mensaje, a toda prisa corre su palabra» (v. 15). Por medio de su Espíritu, que pronuncia su Palabra en cada corazón humano, Dios bendice a sus hijos y los anima a trabajar por la paz en la ciudad. Esta noche me gustaría que nuestra mirada sobre la ciudad de Roma captara las cosas desde el punto de vista de la mirada de Dios. El Señor se alegra de ver cuántas realidades de bien se realizan cada día, cuánto esfuerzo y dedicación en la promoción de la fraternidad y la solidaridad. Roma no sólo es una ciudad complicada, con muchos problemas, desigualdades, corrupción y tensiones sociales. Roma es una ciudad en la que Dios envía su Palabra, que acecha por medio del Espíritu en los corazones de sus habitantes y los impulsa a creer, a esperar a pesar de todo, a amar luchando por el bien de todos.

Pienso en muchas personas valientes, creyentes y no creyentes por igual, que he conocido a lo largo de los años y que representan el «corazón palpitante» de Roma. Verdaderamente Dios nunca ha dejado de cambiar la historia y el rostro de nuestra ciudad a través del pueblo de los pequeños y de los pobres que viven allí: los elige, los inspira, los motiva a la acción, los hace solidarios, los impulsa a activar redes, a crear lazos virtuosos, a construir puentes y no muros. Es precisamente por medio de estos mil arroyos de agua viva del Espíritu como la Palabra de Dios fecunda la ciudad y la convierte en una «madre de hijos jubilosa» (Salmos 113, 9).

¿Y qué le pide el Señor a la Iglesia de Roma? Nos confía su Palabra y nos insta a lanzarnos a la lucha, a implicarnos en el encuentro y en la relación con los habitantes de la ciudad para que «su palabra corra a toda prisa». Estamos llamados a encontrarnos con los demás y a escuchar sobre su existencia, su grito de ayuda. Escuchar ya es un acto de amor. Tener tiempo para los demás, para dialogar, para reconocer con una mirada contemplativa la presencia y la acción de Dios en sus vidas, para dar testimonio con hechos y no con palabras de la nueva vida del Evangelio, es verdaderamente un servicio de amor que cambia la realidad. Al hacerlo, de hecho, circula un aire nuevo en la ciudad y también en la Iglesia, el deseo de volver a ponerse en marcha, de superar la vieja lógica de la oposición y de las vallas, de colaborar juntos, construyendo una ciudad más justa y fraterna.

No debemos tener miedo o sentirnos inadecuados para una misión tan importante. Recordémoslo: Dios no nos elige por nuestra «pericia», sino precisamente porque somos y nos sentimos pequeños. Le agradecemos por su gracia que nos ha sostenido en este año y con alegría le elevamos el canto de alabanza.



En la homilía por la Jornada mundial de la paz el Papa promueve el papel de la mujer en la Iglesia y en la sociedad

## Para que el mundo no sea un patio de batalla

*«Y si queremos un mundo mejor, que sea una casa de paz y no un patio de batalla, que nos importe la dignidad de toda mujer». Lo subrayó el Papa en la homilía de la misa celebrada en la basílica vaticana el miércoles por la mañana, 1 de enero, solemnidad de María Santísima Madre de Dios y la LIII Jornada mundial de la paz.*

«Cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer» (Ga 4, 4).

**N**acido de mujer: así es cómo vino Jesús. No apareció en el mundo como adulto, sino como nos ha dicho el Evangelio, fue «concebido» en el vientre (Lc 2, 21): allí hizo suya nuestra humanidad, día tras día, mes tras mes. En el vientre de una mujer, Dios y la humanidad se unieron para no separarse nunca más. También ahora, en el cielo, Jesús vive en la carne que tomó en el vientre de su madre. En Dios está nuestra carne humana. El primer día del año celebramos estos desposorios entre Dios y el hombre, inaugurados en el vientre de una mujer. En Dios estará para siempre nuestra humanidad y María será la Madre de Dios para siempre. Ella es mujer y madre, esto es lo esencial. De ella, mujer, surgió la salvación y, por lo tanto, no hay salvación sin la mujer. Allí Dios se unió con nosotros y, si queremos unirnos con Él, debemos ir por el mismo camino: a través de María, mujer y madre. Por ello, comenzamos el año bajo el signo de Nuestra Señora, la mujer que tejó la humanidad de Dios. Si queremos tejer con humanidad las tramas de nuestro tiempo, debemos partir de nuevo de la mujer.

Nacido de mujer. El renacer de la humanidad comenzó con la mujer. Las mujeres son fuente de vida. Sin embargo, son continuamente ofendidas, golpeadas, violadas, inducidas a prostituirse y a eliminar la vida que llevan en el vientre. Toda violencia infligida a la mujer es una profanación de Dios, nacido de una mujer. La salvación para la humanidad vino del cuerpo de una mujer: de cómo tratamos el cuerpo de la mujer comprendemos nuestro nivel de humanidad. Cuántas veces el cuerpo de la mujer se sacrifica en los altares profanos de la publicidad, del lucro, de la pornografía, explotado como un terreno para utilizar. Debe ser liberado del consumismo, debe ser respetado y honrado. Es la carne más noble del mundo, pues concibió y dio a luz al Amor que nos ha salvado. Hoy, la maternidad también es humillada, porque el único crecimiento que interesa es el económico. Hay madres que se arriesgan a emprender viajes penosos para tratar desesperadamente de dar un futuro mejor al fruto de sus entrañas, y que son consideradas como números que sobrexceden el cupo por personas que tienen el estómago lleno, pero de cosas, y el corazón vacío de amor.

Nacido de mujer. Según la narración bíblica, la mujer aparece en el ápice de la creación, como resumen

de todo lo creado. De hecho, ella contiene en sí el fin de la creación misma: la generación y protección de la vida, la comunión con todo, el ocuparse de todo. Es lo que hace la Virgen en el Evangelio hoy. «María, por su parte —dice el texto—, conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón» (v. 19).

Conservaba todo: la alegría por el nacimiento de Jesús y la tristeza por la hospitalidad negada en Belén; el amor de José y el asombro de los pastores; las promesas y las incertidumbres del futuro. Todo lo tomaba en serio y todo lo ponía en su lugar en su corazón, incluso la adversidad. Porque en su corazón arreglaba cada cosa con amor y confiaba todo a Dios. En el Evangelio encontramos

*Nacido de mujer. El renacer de la humanidad comenzó con la mujer.*

*Las mujeres son fuente de vida. Sin embargo, son continuamente ofendidas, golpeadas, violadas, inducidas a prostituirse y a eliminar la vida que llevan en el vientre. Toda violencia infligida a la mujer es una profanación de Dios, nacido de una mujer*

por segunda vez esta acción de María: al final de la vida oculta de Jesús se dice, en efecto, que «su madre conservaba todo esto en su corazón» (v. 51). Esta repetición nos hace comprender que conservar en el corazón no es un buen gesto que la Virgen hizo de vez en cuando, sino un hábito. Es propio de la mujer tomarse la vida en serio. La mujer manifiesta que el significado de la vida

no es continuar a producir cosas, sino tomar en serio las que ya están. Sólo quien mira con el corazón ve bien, porque sabe «ver en profundidad» a la persona más allá de sus errores, al hermano más allá de sus fragilidades, la esperanza en medio de las dificultades; ve a Dios en todo. Al comenzar el nuevo año, preguntémosnos: «¿Sé mirar con el corazón? ¿Sé mirar con el corazón a las personas? ¿Me importa la gente con la que vivo, o la destruyo con la murmuración? Y, sobre todo, ¿tengo al Señor en el centro de mi corazón, o tengo otros valores, otros intereses, mi promoción, las riquezas, el poder?». Sólo si la vida es importante para nosotros sabremos cómo cuidarla y superar la indiferencia que nos envuelve. Pidamos esta gracia: vivir el año con el deseo de tomar en serio a los demás, de cuidar a los demás. Y si queremos un mundo mejor, que sea una casa de paz y no un patio de batalla, que nos importe

Nacido de mujer. Jesús, recién nacido, se reflejó en los ojos de una mujer, en el rostro de su madre. De ella recibió las primeras caricias, con ella intercambió las primeras sonrisas. Con ella inauguró la revolución de la ternura. La Iglesia, mirando al niño Jesús, está llamada a continuarla. De hecho, al igual que María, también ella es mujer y madre, la Iglesia es mujer y madre, y en la Virgen encuentra sus rasgos distintivos. La ve inmaculada, y se siente llamada a decir «no» al pecado y a la mundanidad. La ve fecunda y se siente llamada a anunciar al Señor, a generarlo en las vidas. La ve, madre, y se siente llamada a acoger a cada hombre como a un hijo.

Acercándose a María, la Iglesia se encuentra a sí misma, encuentra su centro, encuentra su unidad. En cambio, el enemigo de la naturaleza humana, el diablo, trata de dividirla, poniendo en primer plano las diferencias, las ideologías, los pensamientos partidistas y los bandos. Pero no podemos entender a la Iglesia si la miramos a partir de sus estructuras, a partir de los programas y tendencias, de las ideologías, de las funcionalidades: percibiremos algo de ella, pero no el corazón de la Iglesia. Porque la Iglesia tiene el corazón de una madre. Y nosotros, hijos, invocamos hoy a la Madre de Dios, que nos reúne como pueblo creyente. Oh Madre, genera en nosotros la esperanza, tráenos la unidad. Mujer de la salvación, te confiamos este año, custódialo en tu corazón. Te aclamamos: ¡Santa Madre de Dios! Todos juntos, por tres veces, aclamemos a la Señora, en pie, Nuestra Señora, la Santa Madre de Dios: [con la asamblea]: ¡Santa Madre de Dios, Santa Madre de Dios!



En el Ángelus de san Esteban el recuerdo a todos los mártires de ayer y de hoy

## Cercanía del Papa a las víctimas de los tifones en Filipinas

*«La fiesta de este primer mártir Esteban nos llama a recordar a todos los mártires de ayer y de hoy, —¡hoy son muchos!— a sentirnos en comunión con ellos»: lo subrayó el Papa en el Ángelus rezado a mediodía del 26 de diciembre.*

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

**H**oy se celebra la fiesta de San Esteban, el primer mártir. El libro de los Hechos de los Apóstoles nos habla de él (cf. cap. 6-7) y en la página de la liturgia de hoy nos lo presenta en los últimos momentos de su vida, cuando es capturado y apedreado (cf. 6, 12; 7, 54-60). En el ambiente de alegría de la Navidad, este recuerdo del primer cristiano asesinado por la fe puede parecer fuera de lugar. Sin embargo, precisamente desde la perspectiva de la fe, la celebración de hoy está en sintonía con el

mi causa, el espíritu de vuestro Padre os dará la fuerza y las palabras para dar testimonio» (cf. Mateo 10, 19-20). En la escuela de San Esteban, que se asemejó a su Maestro tanto en la vida como en la muerte, también nosotros fijamos los ojos en Jesús, testigo fiel del Padre. Aprendemos que la gloria del Cielo, la gloria que dura para la vida eterna, no está hecha de riqueza y poder, sino de amor y de entrega de uno mismo. Debemos mantener la mirada fija en Jesús, «el que inicia y consume la fe» (Hebreos 12, 2), para poder dar cuenta de la esperanza que se nos ha dado (cf. 1 Pedro 3,15), a través de los desafíos y las pruebas que afrontamos diariamente. Para nosotros los cristianos, el cielo ya no está lejano, separado de la tierra: en Jesús, el cielo ha descendido a la tierra. Y gracias a él, por el poder del Espíritu Santo, podemos tomar todo lo que es humano

dades cristianas. Estas están llamadas a ser cada vez más misioneras, todas ellas extendidas hacia la evangelización, decididas a llegar a los hombres y mujeres de las periferias existenciales y geográficas, donde hay mayor sed de esperanza y de salvación. Comunidades que no siguen la lógica mundana, que no se ponen a sí mismas, a su propia imagen, en el centro, sino sólo la gloria de Dios y el bien de la gente, especialmente los pequeños y los pobres. La fiesta de este primer mártir Esteban nos llama a recordar a todos los mártires de ayer y de hoy, —¡hoy son muchos!— a sentirnos en comunión con ellos y pedirles la gracia de vivir y morir con el nombre de Jesús en nuestros corazones y en nuestros labios. Que María, Madre del Redentor, nos ayude a vivir este tiempo de Navidad fijando nuestra mirada en Jesús, a fin de que cada día nos parezcamos más a Él.

“

*La fiesta de este primer mártir Esteban nos llama a recordar a todos los mártires de ayer y de hoy, —¡hoy son muchos!— a sentirnos en comunión con ellos y pedirles la gracia de vivir y morir con el nombre de Jesús en nuestros corazones y en nuestros labios*



*Al finalizar la oración mariana, el Pontífice saludó a los diferentes grupos de fieles presentes y recordó a las víctimas del tifón Phanfone, que ha golpeado Filipinas.*

Queridos hermanos y hermanas:

**M**e uno al dolor que ha caído sobre el querido pueblo de Filipinas a causa del tifón Phanfone. Rezo por las muchas víctimas, los heridos y sus familias. Invito a todos a rezar conmigo el Ave María por este pueblo al que tanto aprecio.

Ave María, ...

Os saludo a todos vosotros, peregrinos de Italia y de todos los países. Que la alegría de la Navidad, que llena nuestros corazones aún hoy, despierte en todos el deseo de contemplar a Jesús en la gruta del pesebre, para luego servirlo y amarlo en nuestros hermanos y hermanas, especialmente en los más necesitados.

En estos días he recibido muchos mensajes de buenos deseos de Roma y de otras partes del mundo. No me es posible responder a cada uno, pero rezo por cada uno.

Por eso, hoy os expreso mi más sincero agradecimiento a vosotros y a todos, especialmente por el don de la oración que tantos de vosotros habéis prometido hacer: muchas gracias.

Feliz fiesta de San Esteban. Por favor, continuad rezando por mí.

¡Que tengáis buen almuerzo y hasta pronto!

verdadero significado de la Navidad. En el martirio de Esteban, de hecho, la violencia es vencida por el amor, la muerte por la vida: él, en la hora del testimonio supremo, contempla los cielos abiertos y da a los perseguidores su perdón (cf. v. 60).

Este joven servidor del Evangelio, lleno del Espíritu Santo, supo narrar a Jesús con palabras, y sobre todo con su vida.

Mirándolo, vemos que se cumple la promesa de Jesús a sus discípulos: «Cuando os maltraten por

y orientarlo hacia el Cielo. De modo que el primer testimonio es precisamente nuestro modo de ser humanos, un modo de vida configurado según Jesús: manso y valiente, humilde y noble, no violento.

Esteban fue un diácono, uno de los primeros siete diáconos de la Iglesia (cf. Hechos 6, 1-6). Nos enseña a anunciar a Cristo con gestos de fraternidad y de caridad evangélica. Su testimonio, que culmina en el martirio, es una fuente de inspiración para la renovación de nuestras comuni-





En el Ángelus del 1 de enero el Papa recuerda que la paz se construye a través de gestos de diálogo, de reconciliación y de cuidado de la creación

## Un camino de esperanza

«Que el año que empieza» sea «un camino de esperanza y de paz, no de palabra, sino a través de gestos cotidianos de diálogo, de reconciliación y de cuidado de la creación»: lo deseó el Papa Francisco durante el Ángelus del miércoles 1 de enero. El Pontífice también hizo referencia a la reacción que tuvo con una persona que la tarde anterior lo tiró bruscamente del brazo frente al pesebre de la plaza San Pedro.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! ¡Y feliz Año Nuevo!

Anoche terminamos el año 2019 agradeciendo a Dios por el don del tiempo y por todos sus beneficios. Hoy comenzamos el año 2020 con la misma actitud de gratitud y elogio. No se da por sentado que nuestro planeta ha comenzado una nueva vuelta alrededor del sol y que los seres humanos seguiremos viviendo en él. No se da por sentado, al contrario, siempre es un «milagro» del que sorprenderse y estar agradecido.

El primer día del año la liturgia celebra a la Santa Madre de Dios, María, la Virgen de Nazaret que dio a luz a Jesús, el Salvador. Ese Niño es la bendición de Dios para cada hombre y mujer, para la gran familia humana y para el mundo entero. Jesús no eliminó el mal del mundo, sino que lo derrotó en su raíz. Su salvación no es mágica, sino que es una salvación «paciente», es decir, implica la paciencia del amor, que se hace cargo de la iniquidad y le quita el poder. La paciencia del amor: el amor nos hace pacientes. Muchas veces perdemos la paciencia; yo también, y pido disculpas por el mal ejemplo de ayer [probablemente se refiere a la reacción a una persona que, en la plaza, le tiró bruscamente del brazo]. Por eso, contemplando el Pesebre vemos, con los ojos de la fe, el mundo renovado, liberado del dominio del mal y puesto bajo el señorío real de Cristo, el Niño acostado en el pesebre.

Por eso hoy la Madre de Dios nos bendice. ¿Y cómo nos bendice la Virgen? Mostrándonos al Hijo. Lo toma en sus brazos y nos lo muestra, y así nos bendice. Bendice a toda la

Iglesia, bendice al mundo entero. Jesús, como cantaban los ángeles en Belén, es la «alegría de todo el pueblo», es la gloria de Dios y la paz para la humanidad (cf. Lucas 2, 14). Por eso el santo Papa Pablo VI quiso dedicar el primer día del año a la paz —es la Jornada de la Paz—, a la oración, a la conciencia y a la responsabilidad por la paz. Para este año 2020 el Mensaje es así: la paz es un camino de esperanza, un camino en el que se avanza a través del diálogo, la reconciliación y la conversión ecológica.

Por lo tanto, fijemos la mirada en la Madre y en el Hijo que nos muestra. Al comienzo del año, ¡seamos bendecidos! Dejémoslos bendecir



por la Virgen con su Hijo. Jesús es la bendición para aquellos que están oprimidos por el yugo de la esclavitud, la esclavitud moral y la esclavitud material. Él libera con amor. A los que han perdido la autoestima por permanecer prisioneros de círculos viciosos, Jesús les dice: el Padre os ama, no os abandona, espera con una paciencia inquebrantable nuestro regreso (cf. Lucas 15, 20). A los que son víctimas de la injusticia y la explotación y no ven la salida, Jesús les abre la puerta de la fraternidad, donde pueden encontrar rostros, corazones y manos acogedores, donde pueden compartir la amargura y la

desesperación, y recuperar algo de dignidad. A los que están gravemente enfermos y se sienten abandonados y desanimados, Jesús se acerca, toca con ternura las heridas, derrama el aceite del consuelo y transforma la debilidad en fuerza del bien para desatar los nudos más enredados. A los que están encarcelados y son tentados a encerrarse en sí mismos, Jesús les vuelve a abrir un horizonte de esperanza, empezando por un pequeño rayo de luz.

Queridos hermanos y hermanas, bajemos de los pedestales de nuestro orgullo— todos tenemos la tentación del orgullo— y pidamos la bendición de la Santa Madre de Dios, la humilde Madre de Dios. Ella nos

*Sant'Egidio y la marcha de la tarde anterior en Ravena.*

Queridos hermanos y hermanas:

A todos vosotros, aquí en la Plaza de San Pedro y conectados a través de los medios de comunicación, os dirijo mis mejores deseos de paz y de bien en el nuevo año.

Agradezco al Presidente de la República Italiana, el honorable Sergio Mattarella, el pensamiento que me ha dirigido en su Mensaje de fin de año, y lo renuevo invocando la bendición de Dios sobre su alta misión.

Saludo con afecto a los participantes del evento «Paz en todas las tierras». Este evento está organizado por la Comunidad de Sant'Egidio en Roma y en muchas ciudades del mundo. También tienen una escuela para la paz. ¡Adelante! Saludo a los peregrinos de Estados Unidos, Nueva Zelanda y España; a los jóvenes italianos, albaneses y malteses junto con las Hermanas de la Caridad; a los amigos y voluntarios de «Fraternitas Domus».

Extiendo mi saludo y mi aliento a todas las iniciativas por la paz que las Iglesias particulares, las asociaciones y los movimientos eclesiales han promovido en esta Jornada de la Paz: encuentros de oración y de fraternidad acompañados de solidaridad con los más pobres. En particular recuerdo la marcha que tuvo lugar ayer por la tarde en Ravena.

Mi pensamiento se dirige también a los numerosos voluntarios que, en lugares donde la paz y la justicia están amenazadas, deciden valientemente estar presentes de manera no violenta y desarmada; así como a los militares que trabajan en misiones de paz en muchas zonas de conflicto. ¡Muchas gracias a ellos!

A todos, creyentes y no creyentes por igual, porque todos somos hermanos y hermanas, deseo que no dejemos nunca de esperar un mundo de paz, que se construya juntos día a día. Y por favor no os olvidéis de rezar por mí. Que tengáis un buen almuerzo y hasta pronto.

*Al finalizar la oración mariana, el Pontífice saludó a los presentes, agradeció al presidente de la República italiana, Sergio Mattarella, que le dirigió un pensamiento en su mensaje de fin de año y elogió las iniciativas que se llevaron a cabo por la Jornada mundial de la paz, en particular la organizada por la comunidad de*